

## El gozo

Les he dicho esto para que mi gozo sea el vuestro, y ese gozo sea perfecto.

Juan 15,11

Cuando David confeso su pecado confió en la misericordia de Dios, es más confió en que el Señor le devolvería el gozo de su salvación a pesar de todo lo que tenía sobre la conciencia. Y tenía bastante! Aunque quizás no tengamos tanto la verdad es que cualquier pecado enturbia la ligereza y el gozo del alma. La alegría no vive en un alma manchada, es una persona muy delicada que tiene miedo de todo lo que la pueda enturbiar.

Estamos de camino hacia el gozo de la Resurrección, y es un camino que nos hace pasar por el reconocimiento de nuestras faltas porque vamos a recorrer tras la huellas de Jesús los días tan importantes de la Semana Santa, los días en donde Jesús nuestra Justicia va a realizar los designios de Dios para nosotros los hombres. Estos designios están todos orientados al perdón, a enseñarnos la grandeza inconmensurable del amor del Padre para sus hijos los hombres a través de su Único Hijo Jesús a quien encarga la reparación de todas nuestras culpas, del primer hombre al último en toda la tierra en todos los siglos, los que vivieron y los que vendrán. Es el momento más solemne de todo el año, este año lo es además más que nunca porque vamos a entrar en la Semana Santa con la certeza del amor del Padre confirmada por la elección de nuestro nuevo pontífice, el hombre que lleva por su función sobre sus hombres los llantos y las alegrías de todo el cuerpo de Cristo; lleva la Iglesia, nos lleva a nosotros, porque somos el cuerpo de Cristo seamos lo que seamos, pecadores, santos, sabios o ignorantes, pobres y ricos. La gran mayoría somos pecadores arropados por unos santos que van dejando fluir sus vidas en las manos del Padre para beneficio de todos. El gozo pone fin al encarcelamiento del alma en el pecado, nuestras almas, espíritu y corazón están hechos para gozar, gozar de Dios, gozar de libertad, están hechos para vivir en presencia de quien nos ama más que nadie y desea darnos la felicidad eterna. Nadie en este mundo está hecho para ser infeliz y que tantos lo sean es algo que hace sufrir a Dios de una manera que no podemos concebir. Ya sé que teológicamente Dios no puede sufrir, pero justamente por eso, nos mandó a Jesús, un hombre que supo perfectamente lo que era sufrir y sufrió más que el máximo posible en una criatura humana. Los carismáticos tenemos muy presente el gozo de la presencia del Señor que nos habita, lo clamamos y cantamos a plena voz en nuestras reuniones donde nos abandonamos al gozo, donde lo dejamos volar. El gozo es como la belleza, es como el amor, es de Dios y lo podemos encontrar en todos lados, surge cuando no lo esperamos, surge en medio de lo que podría parecer un impedimento. No tiene nada que ver con lo material, con lo habitual, nace y resiste a circunstancias adversas según nuestras ideas tan pequeñas y rastreras. Forma parte del Ser de Dios y Él nos lo regala en cuanto

puede, es decir en cuanto nos dejamos regalar. Que fácil me diréis! Pues no, no lo es tanto porque ponemos impedimentos en cuanto podemos. Desidia, pereza, orgullo, tantas cosas que forman parte de nuestro ser profundo y que nos impiden volar libres en la felicidad del Padre. Cosas grandes o pequeñas que nos impiden admitir y recibir sin tener que hacer nada. Ya sabemos, nos gusta no deber a nadie lo que tenemos. En el fondo la pobreza espiritual es la fuente de nuestro gozo pero no nos gusta la palabra pobreza, extrañamente no la queremos aunque seamos cristianos es decir discípulos del mayor pobre de la historia nuestra: Él que se rebajó hasta morir en una muerte de Cruz como un bandido, como un esclavo: Jesús.

Laus Deo

16 de marzo de 2013

Cordélia de Castellane